

+RADICALMENTE

"El querer conciliar la fe con el espíritu moderno conduce a mucho más allá de lo que se piensa: no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe". S.S. San Pío X

Hace falta una cruzada de verticalidades

7 DE MAYO, 2019. IV 60

INDIFERENTISMO CRIMINAL

(DE LA TOLERANCIA)



"Fueron para el pueblo igualmente verdaderas; para el filósofo, igualmente falsas; para el magistrado, verdaderamente útiles".
Edward Gibbons.

¿Coincidencias? No hay tal. Le daba vueltas al título y al tema, cuando cayó en mis manos la lapidaria frase de Maximiliano Kolbe: "El mayor mal de nuestro tiempo es la indiferencia". Crimen, mi querido santo.

Delirante, Arouet, él voulait faire taire ('deseaba hacer callar), acusa, tremebundo, al que no osa ser apático, indolente: "Parece que el fanatismo, indignado por el éxito de la razón, se vuelve contra ella con más rabia"; y lo grita Voltaire con aún más rabia que aquél contra el cual se vuelve. Queda a perpetuidad sentado: ¿No eres tolerante ante mis inapelables conclusiones, no interesa si zafias? Eres un fanático, un homofóbico, un asno que no entiende

de mi ser intolerantemente tolerante. ¡Bendita intolerancia de mi sagrada tolerancia!

¿Indiferentismo? ¿Tolerancia? *iFuego he venido a traer, ¿y qué quiero sino que arda?!*



—¡Maldito seas de Dios, mentecato! —dijo don Quijote—. ¿Adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida?

Tolerancia. Indiferentismo. Sin coincidencias se entrelazan. La historia teje, borda, y traba las callejuelas sin salida. Allí no hay alcázares, insensato; sólo burdeles entre charcos. Allí no hay espadas ni lanzas, ni hidalguiás. ¡Mil veces mentecato!

Tomemos una fecha por comenzar en algún lugar y en algún momento: París, 14 de julio de 1879. Corría el siglo de las luces por las pequeño burguesas callejuelas de la Francia, la guillotina imponía sus razones en cada rincón de ellas. John Locke, François-Marie Arouet, Immanuel Kant habían precedido. La Ilustración, la razón, la igualdad, la libertad, abrían la marcha de los principios individualistas y de la reforma protestante. Atrás había quedado el oscurantismo, el dogma; rodaban mitras y coronas ahora descabezadas: se imponía la igualdad, el

rasero; había necesidad de dar paso a la horizontalidad de las relaciones humanas: a una religión por cada ciudadano, la que cualquiera -ino más adocenado!- interpretara, sin yugos ya. Libertinismo deísta, antecedente inmediato de la Ilustración. La humanidad, kantiana, se había atrevido a pensar por sí misma dejando atrás su infancia. Locke, Voltaire, habían tras Kahn pavimentado las calzadas.

Ya Locke, en su *Carta sobre la Tolerancia*, exige la separación, tajante, entre la religión y el Estado. Un primer paso, el necesariamente necesario, en la nueva, imperial, augusta tolerancia. La Reforma Protestante acaudillaría los igualitarismos, la muerte de todo dogma en nombre de la dogmática *Sola Scriptura*, la libertad personal, sólo *individuo*. François-Marie Arouet sentencia: "*De todas las religiones, la cristiana es, sin duda, la que tiene que inspirar más tolerancia, aunque hasta aquí los cristianos hayan sido los más intolerantes de todos los hombres*". Hasta aquí...; y después, mi querido Arouet, ¿qué hacer entonces? Él nos lo dice, Voltaire nos da la solución: *Écrasez l'infâme!* (¡No dejes de pisotear al infame!). Por supuesto, que al infame católico intolerante y a la infamante religión intolerante. *Lesse faire, laissez-passé!* Déjame hacer, déjame actuar, a mis hartazgos, o te pisoteo, iinfame!

Te dejo hacer, te dejo actuar. Yo soy indiferente. No niego a Dios, soy un creyente, pero no practico, que eso de ir a la Iglesia es aburrido, monótono, tedioso. Políticamente neutral, que no serlo me estropearía mis domingos de siestas y cervezas. Tampoco pienso, que el New York Times me indica lo correcto y lo incorrecto, y es cómodo aceptarlo entre las telarañas que se tejen debajo de mi despeinada cabellera. Indiferente a toda ley que no me roce mis pellejos. Pago decentemente mis impuestos; cierto que a regañadientes, un poquito trámoso que no me sobran mis dineros, pero lo hago...; y para eso pago:

para que gobiernen los gobiernos. Allá les vaya a ellos. ¿La religión, me sirve para algo? ¿Útil la militancia?

Después de coincidir contigo en que un par de botas son más útiles que una sinfonía, busco aunque sea un ejemplo de una sencilla y laboriosa intolerancia. Hubo un historiador, británico, dieciochesco, Edward Emily Gibbon el primer historiador moderno, y uno de los más influyentes de todos los tiempos, que en un sólida obra cimentadora cuenta que estando en Roma, entre las ruinas del Capitolio y mientras oye el orar de franciscanos, se plantea el porqué de la decadencia del Imperio romano; y produce, desde una reconocida perspectiva ilustrada y crítica, su obra suprema: *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, aunándola al ascenso del cristianismo. Pues bien, la primera entre todas las causas de tan estrepitosa caída, afirma, es *la intolerancia de los cristianos, que están convencidos de que su religión era la verdadera*¹. ¡Estar enamorados, convencidos...!, parece que sirve para algo.

Si estás enamorado estás ya persuadido y eres intransigente, con santa intransigencia, con santa coacción, con santa desvergüenza; con los nervios apuntado al cielo, vibrante, sin tolerantes e indiferentes apoltronamientos, amante apasionado, a lo Lope de Vega:

*Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;
no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;*

*huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño;
creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor, quien lo probó lo sabe.*

Todo menos indiferente, todo menos pasivo, todo menos inerme: noblemente soberbio, beligerante, altivo; porque posees el ardor de los que aman, de los que sufren, de los que poseen la convicción de estar convencidos, de que importa rebelarse contra la quietud indiferente de tanto muerto vivo.

Y como tienes que “creer” en algo, y ser intransigente y transigente al mismo paradójico tiempo aunque ni tú mismo lo imagines (careces de esa maravillosísima virtud: la loca de la casa), te veo, te vislumbro, calmoso en tu sofá, cada último y primer día de cada semana, rezumando intolerantemente en contra de la guerra, iporque se pierden tantas vidas!; y esgrimiendo el derecho de los arbolitos y de los verdes, de los conejos blancos con un diamante en la frente tan acurrucaditos: intolerante ante los que abren en las nubes huequitos; tolerante al aborto porque matarlos es honesto, y en contra de los derechos de los no nacidos porque son fetos. Callejuelas sin salida, estériles del alcázares y de palacios.

Todas las opiniones son iguales, de Sócrates y tuya; todas las religiones son iguales, incluso la de no tener ninguna. Todo te es indiferente: izquierdas y derechas, y los del centro, y los masones, los héroes, los mezquinos. Así es

fácil -crees-, cómodo, indolente (no duele, nada te duele); sólo te hiere, irevienta!, el que te inquieten. Así te han creado, ellos, así les eres... lo que te place: muy ventajoso, remunerativo, adecuado...: que esas igualdades, esos indiferentismos, esas medio verdades son, lo que siempre fueron: para el pueblo igualmente verdaderas; para el filósofo, igualmente falsas; para el magistrado, verdaderamente útiles.

Todo menos indiferente, todo menos pasivo, todo menos inerme. Noblemente soberbio, beligerante, altivo, ien rebeldía! Intolerante al indiferentismo criminal, a la glacial quietud de tanto muerto vivo. Todos los hombres mueren, muchos nunca han vivido.

Jorge J. Arrastia.

1.Cito la fuente: Uno de los planteamientos centrales de la obra es responder a por qué el Cristianismo se impuso en Roma (y cuál pudo ser su influencia en la caída del Imperio). La respuesta obvia que le hubieran dado en su época es porque se trata de la doctrina verdadera. Gibbon, aunque agnóstico confeso, no discute esta causa, sino que la ignora y analiza las causas verdaderas, que son, según él: La intolerancia de los cristianos, que están convencidos de que su religión era la verdadera. El cristianismo tiene como ventaja que es una doctrina proselitista, no como el judaísmo, que es cerrada. La promesa en una vida futura. Los milagros de la Iglesia Primitiva. La moral austera. La unión del cristianismo y gobierno. Todo esto contribuye a explicar la caída del Imperio.

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.